



Guía de lectura

EMILIANO MONGE *Los vivos*



Penguin **Club de lectura**

LA OBRA

Hincapié y Vestigia son una pareja que no atraviesa su mejor momento. El espacio entre ellos se ha ido llenando de hoyos y ahora que los separa una brecha profunda, Vestigia decide irse unos días a casa de su amiga Lucía, mientras descubren si son capaces de superar los problemas que, en apariencia, los han conducido hasta el punto en que se encuentran. Quizá la causa sea su afición de las cuerdas vocales, piensa ella, o el accidente de la camioneta en la que viajaba junto a Lucía, Endometria, Cienvenida y el grupo de búsqueda de desaparecidos. O por supuesto, el aborto que este incidente le provoca y aquello que cree ver, que se le revela fugazmente, antes de perder la conciencia como el resto de los pasajeros.

El accidente lo precipita todo, aunque lo cierto es que hay miedos que han horadado la relación desde el comienzo. O más bien, son las dos caras de un mismo temor: el de Hincapié a que Vestigia se marche, y el de ella a descubrir que su lugar en el mundo podría dejar de ser aquel que ocupa. Ahora, la separación impone una distancia, y ésta hace que este doble temor cobre un nuevo espesor y la comunicación merme hasta reducirse a un intercambio de mensajes y correos electrónicos, a pesar de que ambos trabajen en el mismo departamento: Hincapié en la oficina de apariciones y Vestigia, cen-

sando a los niños y adultos recién venidos a esa ciudad en la que las personas llegan o desaparecen repentinamente. Es ahí donde Vestigia conoce al Niño, criatura silenciosa que desata en ella una misteriosa familiaridad y una empatía que ya no creía posible, y también, la necesidad de recordar para entender el dolor que siente. En su búsqueda, cuenta con el apoyo de Lucía, que la lleva a la vidente, aunque en parte le pese hacerlo porque, al igual que Hincapié, teme que su amiga, una vez que halle las respuestas que rastrea, desaparezca como una vez apareció. Y aun así, con el miedo a cuestas, comparte la inquietud de Vestigia, si bien su búsqueda termina siendo otra: la de ese lenguaje con el que, está convencida, se comunican los vivos y los muertos. Mientras, Hincapié se descubre a cargo del Niño, que Vestigia llevó a su casa, a la par que comprende que el mayor de sus temores se está haciendo realidad.

En un lugar que podría ser México, o también su revés, y en un tiempo que podría ser éste o cualquier otro, transcurre esta novela de desapariciones y apariciones. Una novela que se adentra en un territorio lleno de contradicciones donde hay zanjas y montículos de tierra, ausencias que son olvido o son recuerdo, e historias que terminan ante un precipicio que se hunde como un abismo o se erige como un risco irremontable.



RANDOM HOUSE

CLAVES DE LA NOVELA

La literatura, dice Emiliano Monge, es un pequeño lugar entre la memoria y la imaginación. Allí, en ese espacio ambiguo por definición, es donde se ha ido tramando una obra narrativa que bascula entre ficción y realidad, y a su vez, entre pasado, presente y futuro. De novelas como *Morirse de memoria*, *El cielo árido* o la sombría road novel *Las tierras arrasadas* a los ribetes distópicos de *Tejer la oscuridad*, pasando por el giro a lo autobiográfico y la memoria familiar en *No contar todo y Justo antes del final*, la obra de Monge se expande a través de diversos registros, explorando siempre nuevas formas de contar aquello que nace del recuerdo, la invención o una mezcla imprecisa de ambos, y sin soltar los hilos que recorren y vertebran su narrativa: la violencia, la memoria, el olvido. Temas que, siguiendo por el camino trazado desde sus inicios literarios, el autor retoma ahora en *Los vivos*, una novela que tiene lugar en un mundo extraño y, a la par, reconocible en el que las personas aparecen, desaparecen o buscan con tenacidad a aquellos cuerpos que, de pronto, se vuelven ausencia.

En *Los vivos* no hay referencias ni al tiempo ni al espacio: la acción transcurre en una ciudad anónima donde, diría Hincapié, «la gente viene y va», a lo que añade, «estás y de repente, en un instante, como si nada, como si fuera cualquier cosa, como si eso fuera, en realidad, lo normal, ya no estás». Una descripción directa, pegada a los hechos, de lo que ocurre en urbes donde se da el flujo constante de migrantes —que llegan o están en tránsito— y un goteo, también continuo, de desapariciones forzadas. La omisión de referencias desdibuja los contornos de una realidad que, sin embargo, se muestra en su esencia bajo el efecto de la distorsión y una narración que, entre la elipsis y una atmósfera de extrañeza, adquiere un cariz alegórico. Esa esencia es el horror al descubierto de un país en el que las fosas clandestinas se cuentan por miles, los desaparecidos ya son más de cien mil y la violencia ha alcanzado un punto crítico con el narcotráfico pero viene de lejos y hace tiempo que ha echado raíces en todo Latinoamérica. En esa tierra donde hay cadáveres, parafraseando al poe-



RANDOM HOUSE

ta argentino Néstor Perlongher, y que Lucía querría que se quebrara «para que salgan los que no han sido llorados», a la desaparición le sigue otro fenómeno en torno al cual también orbita *Los vivos*: los grupos de mujeres, representados en la novela por Endometria, Cienvenida y el colectivo al que se unen Vestigia y Lucía, que remueven el suelo con las herramientas que tienen a mano mientras repiten entre sí «¿y si lo encuentro qué?», frase recurrente de las madres rastreadoras que Emiliano Monge incorpora haciendo referencia a un bordado de la artista Paulina Cuarón. Desaparición y búsqueda forman parte de un mismo movimiento a lo largo de una obra en la que los términos opuestos son la doble faz de una figura que se hace y rehace, conectando un lado con su reverso. «Porque serás encontrada, desaparecerás», le dice la vidente a Vestigia, y en esa frase enigmática condensa la lógica sinuosa de una novela que contiene en sí un juego de contrarios que se desbarata a medida que, como en el caso de Hincapié y Vestigia, el miedo a perder al otro convive con el temor a tener que marcharse; o para regresar a los orígenes —o al origen del dolor— ella debe, paradójicamente, desenraizarse y sacarse del lugar que habita. La ausencia, a su vez, puede ser olvido, un vacío impenetrable, o cobrar la forma de una presencia en la memoria de aquel que recuerda; las historias con-

cluyen ante un precipicio que, según se mire, es risco o abismo; la frontera que separa a los vivos y los muertos se insinúa más delgada de lo que, quizá, somos capaces de asumir; y los personajes, además de lo que son, son un fantasma de aquello que fueron, aunque a veces no sea posible imaginarlo.

Historia de desapariciones, de silencios y huecos que se abren en la tierra, en las relaciones y en la memoria, *Los vivos* vuelve la mirada sobre una forma de violencia que tiene un recorrido largo, nefasto, en Latinoamérica, y es un drama del que la literatura del continente se ha ido haciendo eco. Pero la novela de Emiliano Monge es al mismo tiempo, nos lo recuerda una voz narrativa intrusiva que navega entre personajes, una historia de retornos y apariciones, tanto de personas como de aquello que las une: la empatía, el apego, el lenguaje, los sentimientos que crecen como una enredadera, los objetos que pasan de una mano a otra y un pasado que se sigue contando. Y entre aquellos que, en un instante, se van y los que, como el Niño, irrumpen en escena provocando un cariño repentino e inexplicable, Monge descifra la complejidad de un mundo que, más allá de cifras, datos y lugares comunes, se escribe entre imaginación y realidad, al ritmo de una prosa excepcional que invoca la pérdida, el vacío, la violencia y también, la belleza.



RANDOM HOUSE

LOS PERSONAJES

VESTIGIA

De Vestigia se sabe que, antes de trabajar censando a las personas que vienen a la ciudad, atendía llamadas en una línea de apoyo a los aparecidos. Su obsesión por las apariciones y desapariciones, que comienza a crecer en ella mientras escucha estas llamadas, la conduce a las buscadoras, al accidente que supone un aborto y una rara revelación, y a una vidente cuyas palabras imponen la necesidad de desaparecer. A causa de una afección en las cuerdas vocales, su voz es apenas un hilo que se atenúa a la vez que la comunicación con Hincapié, su pareja, se reduce a un intercambio de correos que es reflejo de sus desencuentros y la descomposición de la relación, pero también del amor que sienten.

«El líquido de una ampolleta llena la jeringa.

De forma indiferente, casi natural, Vestigia inyecta su garganta.

Poco después, cuando han pasado los noventa segundos que debe esperar, ella intenta pronunciar varias palabras.

Esas palabras, sin embargo, apenas son exhalaciones; como si fueran, en lugar de palabras, amasijos de sonido que, para colmo, apenas y se escuchan. ¿Y si esto abrió la brecha entre él y yo?, se pregunta.

¿Y si lo que llenó de hoyos el espacio entre nosotros fue este ir enmudeciendo?, insiste pensando en Hincapié, pero apenas sale del baño, se responde: claro que no. Obvio que fue todo lo demás. El accidente, por ejemplo. O el aborto. O ese miedo suyo, esa insistencia en que yo, un día cualquiera, dejaré de estar con él.

Frente al sillón en el que despertó, Vestigia piensa una vez más en el temor de él. Y por primera vez acepta que ella también lo ha sentido. No conoce, de hecho, a nadie que no haya experimentado algo similar.

Apurada, ella enciende su computadora, entra en su correo y escribe: Buenos días, amor, quédate tranquilo que aquí estoy.

Luego abre el buscador, teclea la dirección, usa la clave de Hincapié y revisa el contador de acontecimientos.

Esa cifra que la obsesiona no deja de aumentar».



RANDOM HOUSE

HINCAPIÉ

Hincapié, que ha sido trasladado de la oficina de desapariciones a la de apariciones, vive con el temor en el cuerpo a que los otros dejen de estar. Los otros y, en especial, Vestigia, con quien la distancia parece haber ido aumentando desde que tuvo lugar el accidente o, si lo piensa mejor, desde los inicios mismos de una relación que se nutre de miedos complementarios. Poco después de irse de casa, ella deja a cargo de Hincapié al Niño, una criatura que despierta en él emociones inesperadas, una extraña felicidad compartida que lo lleva a tomarlo de la mano para salir juntos al parque, a pasear a Herencia, el perro que adoptaron con Vestigia después de que su dueño desapareciera.

«Sabía que las historias de su nuevo trabajo —hace cosa de dos meses lo transfirieron de la sección de desaparecidos a la de aparecidos—, es decir, que los casos que ahí le tocan podían resultarle dolorosos a Vestigia.

¿Cómo puede ser que no se diera cuenta de que le estaba contando lo que no quería contarle?, se pregunta abriendo la ventana, sintiendo el golpe del viento en el rostro y percibiendo la humedad que antecede a la lluvia. “Pareciera que yo fuera el que no sabe quererte”, asevera reconociendo su falta de sensibilidad.

“Lo increíble es que siguieras regresando, amor, aun a sabiendas de que podía ponerme a hablar de ellos”. Al murmurar esto, Hincapié siente el escalofrío de tantas otras veces. En vez del temor a que ella lo abandone —a fin de cuentas, acaba de escribirle que lo ama—, el terror que se esconde al interior de ese temor: la posibilidad de que desaparezca.

Cuando empieza a llover, cierra la ventana y vuelve a su computadora: Amor, no sabes cuánto lo siento. Soy un ser miserable, un pobre pendejo. Tendría que haberte cuidado mejor. No puede ser que te contara esas cosas sin preguntarme qué estabas sintiendo, sin recordar lo que compartes con ellos y, lo juro, sin darme cuenta.

Aunque quisiera escribirle mil palabras más, no encuentra el modo. O sabe, quizá, que a veces basta con eso que él acaba de escribir: la confesión de un imbécil que, de pronto, se asume como tal.

Mirando el teclado, intenta experimentar lo que cree que ella debe sentir cada vez que escucha que volvió a suceder, que, esta vez, le pasó a tal o a cual vecino.

Instantes después busca dar forma a lo que ella siente cuando él habla de los últimos aparecidos que debió atender o llevar al complejo.

Vuelve en sí cuando un pensamiento inesperado lo alcanza: por eso hacías lo de Endometria y Cienvenida.

Qué vergüenza que tampoco haya sido capaz de entender eso, amor.

Que lo necesitabas para que no todo fueras tú».



RANDOM HOUSE

LUCÍA

Lucía, amiga de Vestigia, vive rodeada de mascotas adoptadas cuyos dueños originales han desaparecido. En los animales y su comportamiento ante la muerte y la pérdida, esta mujer con mirada de etóloga busca las claves para entender una realidad compleja, quizá indescifrable. Para ella, lo humano es metáfora de lo animal, y no al revés, una idea que incomoda a Hincapié, que no entiende por qué Vestigia decide ir a casa de esta amiga. Una amiga que le presenta a Endometria y Cienvenida, a Justo y, a través de él, a la vidente, y que entiende el dolor y la necesidad de Vestigia, aunque no pueda evitar sentir un inmenso vacío al dejar de tenerla a su lado.

«De pronto, tras cruzar la playa, Lucía está en la frontera del agua y la tierra, sobre una arena fina que va enterrándole los pies, poco a poco, tras cada ola.

Sentir eso, que se está transformando en raíz, la calma. Hasta que vuelve a recordar que su padre siempre se iba y piensa que así también funciona la ausencia, como ese oleaje que la está convirtiendo en algo más. “Es olvido o es recuerdo”: las palabras de su amiga como un golpe, exigiéndole, además, una respuesta: te hablé de ella porque creí que sería falsa, se dice Lucía: nunca imaginé esto, quería que fuera otra charlatana.

Te llevé ahí porque pensé que no encontrarías, que deberías seguir buscando, pero parece que encontraste y ahora deberé dar forma a tu ausencia, sigue Lucía, al tiempo que se soba la quijada, pues su muela ha empezado a destemplanle incluso el hueso. No, amiga, no serás olvido, remata viendo todo eso que devolvió a la mesa hace un momento —qué pocas cosas hacen falta para echarnos en cara quiénes somos.

Frente a Lucía están estos objetos: el bordado en el que aparece cavando o rastrillando con otras tres mujeres, un trozo de maqueta funeraria, la varilla que Justo le regaló, la primera jeringuilla de Vestigia, una serpiente comca'ac de palo fierro y el retrato de su madre. En el pie izquierdo, siente que algo se le enreda.

Es la cola de su gata, que juega debajo del sillón, mientras ella contempla el retrato de su madre. “No te dejo sola”, le dijo hace un montón de años: “sé que un día lo entenderás”, añadió su madre aquella, la última vez que se vieron».

JUSTO

Amante de Lucía, Justo recorre el territorio con el grupo de buscadoras, armado siempre con una varilla que clava en la tierra, saca y huele: a veces, dice, huele a muerte vieja, y otras, a nueva. A través de él, que siguiendo a Lucía se entromete en la búsqueda de Vestigia, las amigas llegan a casa de la vidente y anticipadora.



«Recogiendo su ropa, sienten cosas opuestas.

La habían ido dejando por todas partes, así que a Lucía le cuesta dar con su camiseta.

La encuentra, finalmente, detrás de un par de bultos de tierra que hay en el pasillo. No debí dejar que pasara esto, se dice ella.

Viéndola ponerse su camiseta, Justo piensa, en cambio, que no querría que eso dejara de pasar. Para no decirlo, para no cometer ese error, prefiere interponerse entre Lucía y la pregunta que su rostro pareciera anunciar, mientras ve los bultos de tierra.

“Es de las fosas... la tierra que podía juntar los fines de semana, cuando aún salíamos con ellas”, asegura él y ella, sorprendida, confirma algo que siempre intuyó y que ahora la hace constatar que aquello no ha sido buena idea: ese hombre puede ver en su interior.

“Para las maquetas... creo que así se tocan la ausencia y la presencia”, dice Justo convencido de que, por primera vez en su vida, alguien se asomó adentro suyo, que Lucía se le ha metido y que, por eso, su ser también será de ella: “¿Qué paisaje viste? ¿O fue un animal?”.

Aunque lo único que quiere es marcharse, ella, que tras esta tarde dará, casi siempre, con un pretexto para evitar a Justo, vuelve, sin tener claro por qué, a sentarse en la silla de hace rato, pero no responde a la pregunta que recién le han lanzado».

EL NIÑO

Entre las personas que hacen cola para ser censadas, Vestigia se fija en el Niño, una criatura enmudecida por el trauma que observa con curiosidad todo aquello que lo rodea. Desde la aparición, su atención y sus sentidos están puestos al servicio de descubrir un mundo nuevo que lo divierte y conmociona. Hay algo en él que despierta en los otros un afecto repentino, y también cierta felicidad, y que impulsa a Vestigia a infringir las reglas y sacar al niño de una institución y llevarlo a escondidas hasta la casa de Hincapié, para que sea él quien cuide al menor. La razón de este acto casi irracional, le explica más tarde Vestigia a Hincapié, podría ser que en el Niño ve adherido el lugar del que ella también ha llegado.

«Luego de varios minutos, dejan de patearlo.

Adolorido, visiblemente lastimado, el Niño busca comprender qué ha sucedido.

Los demás niños pequeños, quienes se habían apiñonado en torno suyo, se desbandaron y ahora yacen regados por la habitación.



RANDOM HOUSE

Ninguno de ellos se atreve a acercarse otra vez al Niño. Parecieran, de hecho, esforzarse para darle la espalda. No es que no quieran mirarlo, piensa él, es que no pueden dejar que los más grandes los descubran.

Por su parte, los más grandes, cuando el Niño al fin consigue ponerse nuevamente en pie, echan a reír, preguntándole qué siente ahora, quién se cree entonces que es, qué otra cosa piensa hacer aparecer, qué más quiere decirles. Es esta última pulla —qué más quiere decirles— la que lo hace caer en cuenta.

Hace un momento, mientras reía, dejándose llevar por la emoción de los demás o dejando, más bien, que la emoción se apoderara de su cuerpo, el Niño hiló algunas palabras. Y así fue como resquebrajó aquello que lo unía a los que estaba divirtiendo, al tiempo que hacía enfurecer a los más grandes y que se sorprendía a sí mismo, aunque apenas ahora lo entienda y aunque no sabría explicar por qué.

Los golpes encajados no son lo que le duele. Los golpes encajados no son lo que le duele, como tampoco son los insultos, unos insultos que apenas ahora cejan, los que lo hieren. Lo que de pronto lo abre en canal, lo que agrieta la sensibilidad del Niño es el recuerdo de sus propias palabras. Lo que lo lastima es el eco de esa frase que pronunció hace apenas un momento; su eco, pero no su contenido, pues éste podría haber sido cualquier otro.

¿Eso fue lo que pasó?, ¿las palabras?, se pregunta el Niño. Lo peor de todo es que su intuición había querido protegerlo, escondiéndolas. No pudo ser nada más: las palabras vueltas cosas o nudos entre cosas; las palabras como puentes entre el antes y el después, dándole forma al tiempo. Justo lo que debía evitar.

Por no evitarlas, el presente se ha cargado de pesos, pues ahora existen el pasado y su vacío: quién es, dónde está, cómo llegó aquí, de dónde viene. Tiene que guardarlas otra vez, debe tragarse de nuevo las palabras».



PREGUNTAS PARA LA CONVERSACIÓN

1. *Los vivos* es una novela que transcurre en una ciudad anónima y un tiempo indefinido. Hay, sin embargo, algunos elementos —las mujeres rastreadoras, el bordado al que se hace referencia— que hacen pensar en México, un país donde la cifra de desaparecidos no deja de aumentar. ¿Por qué pensáis que el autor evita utilizar referencias espacio-temporales para abordar este tema? ¿Qué efecto produce esta ausencia de referencias?
2. La desaparición forzada está en el centro de una novela que habla también de su reverso: la aparición repentina de personas que llegan a una ciudad donde existe una infraestructura al servicio de seguir este doble fenómeno. ¿Cómo interpretáis la dinámica entre desapariciones y apariciones en la novela? ¿Diríais que se trata de acciones contrarias o una y otra están estrechamente ligadas?
3. La desaparición forzada de personas es uno de los ejes de la novela, pero ¿cómo se introduce en el relato? ¿A través de qué elementos se va mostrando esta realidad?
4. La realidad mexicana se cuele en la novela no sólo a través del fenómeno de las desapariciones y las fosas comunes, sino también a partir de un movimiento asociado: los grupos autoorganizados de mujeres que remueven la tierra en busca de los restos de los desaparecidos. ¿Cuál es el papel de personajes como Endometria y Cienvenida? ¿Cómo se relaciona Vestigia con estas mujeres? ¿Lucía conecta con ellas de la misma manera?
5. *Los vivos* es una novela de desapariciones, pero también, como dice el narrador, una historia de regresos y apariciones. Además de la aparición de personas, ¿qué otro tipo de apariciones hay en la novela? ¿Qué sucede con los objetos, las palabras o las emociones?



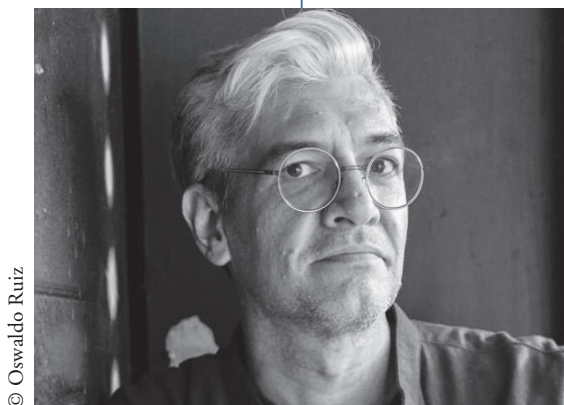
6. Lucía vive rodeada de animales adoptados, y también de objetos, como el bordado donde está cavando junto a otras mujeres, un trozo de maqueta funeraria, la varilla de Justo o una jeringuilla de Vestigia. ¿Qué representan tanto los animales como los objetos? ¿Por qué ella se convierte en guardiana —o se adjudica este rol— de seres vivos y objetos? ¿Qué valor tienen para ella estos legados?
7. Interesada en el comportamiento animal, y especialmente, en las vivencias que diferentes especies tienen de la pérdida y la muerte, Lucía vierte sus conocimientos al respecto a lo largo de la novela. ¿Por qué creéis que recurre a la observación del comportamiento animal? ¿Qué busca en ese conocimiento? ¿Se trata de trazar analogías entre lo humano y lo animal?
8. Lucía recibe en casa a Vestigia cuando ésta decide separarse unos días de Hincapié. A su vez, es Lucía quien lleva a Vestigia con Endometria y Cienvenida, y quien la acompaña después a la vidente. ¿Cómo es la relación entre las amigas? ¿Qué las une y qué las distancia? ¿Por qué entre Lucía e Hincapié hay tanta tensión?
9. Al comienzo de la novela, Vestigia se va de casa, acompañada por Lucía, para reunirse con Justo y las buscadoras. De esta primera escena a la decisión que Vestigia toma después de ir a la vidente, pasando por el accidente, ¿cuál es el recorrido de este personaje? ¿Qué va descubriendo a medida que se desarrolla la novela?
10. Cuando Vestigia se fija en el Niño frente a su ventanilla de la oficina de censo, ¿qué le sucede? ¿Por qué el Niño desata en ella un afecto repentino y la necesidad de protegerlo? ¿Qué ve en esa criatura?
11. Una vez separados, Vestigia e Hincapié inician una conversación a través de correos electrónicos y mensajes. ¿Qué va sucediendo en esa conversación entrecortada? ¿Agranda la distancia que los separa o, por el contrario, los acerca?



12. Reflexionando sobre su relación con Vestigia y el dolor de ella, Hincapié piensa «¿Cómo puede ser que no se diera cuenta de que le estaba contando lo que no quería contarle?». Hay algo en ella que para él resulta incomprensible o inaccesible, a la vez que no se atreve a traicionar su intimidad leyendo el contenido de la libreta que Vestigia deja por error en su casa. Lucía, en cambio, tiene la impresión de que Justo consigue ver en su interior. A partir de estas relaciones, ¿qué nos dice la novela acerca de la posibilidad de comprender al otro, acceder a sus necesidades y temores más íntimos y empatizar con él? ¿Hay una porción del otro que siempre queda a la sombra?
13. Hincapié comprende que Vestigia lo está dejando y, al mismo tiempo, se queda a cargo del niño. ¿Qué papel desempeña para él esta criatura recién llegada? ¿Por qué Vestigia lo lleva a su casa?
14. Mientras Hincapié debe hacer frente al mayor de sus temores, que Vestigia se vaya, Justo se entromete en la vida de Lucía y, a través de ella, también en la de su amiga. ¿Cuál es el rol de este personaje en la novela? ¿Cómo se desenvuelve en ese mundo de desapariciones y apariciones?
15. El Niño parece haber enmudecido, tal vez a causa del trauma. Vestigia sufre un problema en sus cuerdas vocales y necesita darse inyecciones para poder recuperar, al menos, un hilo de voz. ¿Qué simboliza la mudéz en la novela? ¿Cuál es el lugar que tienen en la obra el silencio y las palabras? ¿Y la lengua comca'ac, con la que el Niño encuentra una forma de nombrar el mundo?
16. La lengua comca'ac tiene una relación singular con la ausencia y el modo de nombrarla a través de su contrario. A su vez, la ausencia, se dice en la novela, es olvido o es recuerdo. ¿Qué sucede con la memoria en la novela? ¿Quién recuerda y quién olvida?
17. La memoria es uno de los temas a los que Emiliano Monge ha vuelto una y otra vez a lo largo de su trayectoria. ¿Cómo se introduce en *Los vivos*? ¿Qué nos dice la novela acerca de la necesidad de recordar y contar las historias? ¿Cuál puede ser el papel de la literatura respecto a los dramas que acontecen hoy en día?



EL AUTOR



© Oswaldo Ruiz

EMILIANO MONGE (Ciudad de México, 1978) es politólogo y escritor. Ha publicado los libros de relatos *Arrastrar esa sombra* (2008) y *La superficie más honda*; las novelas *Morirse de memoria* (2010); *El cielo árido* (2012), ganadora del XXVIII Premio Jaén de Novela y del V Premio Otras Voces, Otros Ámbitos; *Las tierras arrasadas* (2015), ganadora del IX Premio Iberoamericano de Novela Elena Poniatowska y del English PEN Award; *No contar todo* (2019), *Tejer la oscuridad* (2020) y *Justo antes del final* (2022). También es autor del libro infan-

til *Los insectos invisibles* (2013), y relatos suyos han aparecido en varias antologías, entre las que destacan *Lo desorden* (Alfaguara, 2013), *México20: New Voices*, *Old Traditions* (2015) y *Bogotá39: New Voices from Latin America* (2018). Ha recibido reconocimientos de la Feria Internacional del Libro de Guadalajara, del Conaculta, del Hay Festival, de Bogotá39 y del Consejo Británico, y su obra ha sido traducida a diversos idiomas. Colabora con medios mexicanos y extranjeros, y actualmente colabora en *El País*.



RANDOM HOUSE

DECLARACIONES DEL AUTOR

«Para mí, la literatura es un lugar muy chiquitito que está entre la memoria y la imaginación, está ahí para permitir que estas dos se invadan la una a la otra. A veces partimos de la imaginación y, sin saber, llegamos al recuerdo; a veces partimos del recuerdo y, sin saber, llegamos a la imaginación; y a veces partimos del recuerdo para llegar al recuerdo pero habiendo pasado por la imaginación. Nos sentamos a escribir y tiramos una monedita que en una cara tiene la imaginación y en la otra el recuerdo, y según cae ese día escribes más desde una cara o la otra, pero al día siguiente puede ser al revés».

«En el cuento, el silencio es la columna vertebral porque lo que más importa es lo no dicho, hay un peso específico de lo que se esconde. En la novela no es tan importante esconder, de hecho es importante mostrar porque no es un instante sino una suma. En mi caso, el silencio es fundamental en la escritura. Me gusta pensar que cuando escribo estoy tratando de envolver el silencio y que cada novela es un papel diferente, una caja distinta que uno le construye al silencio, que es lo que late dentro».

«Obviamente en la escritura hay una cuestión muy poderosa de intimidad o soledad, y el acto de escribir es muy individual. Pero la literatura no existe si no se hace en plural, por eso pasa que tantos escritores van llegando al mismo tiempo a ciertos temas. Compartimos el mismo territorio de caza, y cada cual elige con qué va a cazar y qué animal quiere de ese territorio. Al compartir el mismo territorio hay muchas cosas a las que vamos a llegar juntos. Estamos viviendo el mismo momento histórico y llegas a los mismos lugares, por más que tú no hables de eso con otros escritores. Por supuesto que hay una suerte de colectividad, sobre todo si se trata de escritores que leen, que no tienen esta pose de “yo solo leo a los clásicos”. Cuando me dicen esto, digo que yo a los clásicos ya los leí. Los voy a seguir leyendo, pero no quiere decir que solo lea eso. Me interesa muchísimo leer a mis contemporáneos, a mis compañeros de generación, a la generación anterior y a la siguiente. Hay una responsabilidad en eso, en lo que estamos haciendo juntos».

(Octubre, 2022. Entrevistado por José Durán Rodríguez. *El Salto*)



RANDOM HOUSE

«A mí siempre me interesa tanto contar una historia como manosear lo que estoy contando, como si fuera un material. El lenguaje es una herramienta más y me gusta trabajar con él así, como una cosa plástica, como si se pudiera hacer bolita».

«Creo que escribir literatura es empujar todos los días un cachito más tus límites. O sea, llevarlos un poquito más allá. En un libro nuevo encuentras cosas nuevas, encuentras soluciones, nuevas formas de resolver asuntos. Yo necesito irme a una historia que sea distinta, y cambiar también la idea de la narración, cambiar la arquitectura del libro, para no verme tentado nunca a usar una cosa que ya usé como resolutivo. Para no empezar a repetir soluciones. No quiero nunca como auto-plagiarme, o caer como en la hamaca de los mecanismos».

(Octubre, 2020. Entrevistado por Camila Osorio. *El País*)



RANDOM HOUSE

LA CRÍTICA HA DICHO

SOBRE EL AUTOR Y SU OBRA

«Si alguien tiene que contarnos el fin del mundo, ese es Emiliano Monge. Su potencia técnica, su brillante dardo narrativo. Siempre acaba abriendo los cielos».

Lara Moreno

«La de Monge es una escritura que es un compendio de humanidad».

Ariane Singer, *Le Monde*

«Las ficciones de Monge son la metáfora exacta de la locura del mundo».

Eileen Battersby, *The Guardian*

«Aquí cabe el mundo entero».

Nadal Suau, *El Mundo*

«Leer a Emiliano Monge es sintonizar con una poesía oculta».

Berna González Harbour, *El País*

«Emiliano Monge es como Bolaño y McCarthy: su lenguaje, elegante y sombrío, llena de matices la violencia, el alma de los personajes y la geografía».

T. Bunstead, *Times Literary Supplement*

«Monge tiene el toque. El ángel».

Élmer Mendoza, *El Universal*

«La literatura de Monge es capaz de cambiar el sentido de la realidad. Hay que leerlo y releerlo».

Francesca Lazzarato, *Il Manifesto*

